

Identidad y relato. Hacia una búsqueda estético-mística

*María Belén Tell**

RESUMEN

¿Se puede conocer y fundamentar la identidad de la persona mediante un criterio reflexivo-hermenéutico-literario que articule, asimismo, la memoria y la historia? Este es el interrogante que atraviesa el presente artículo. Apelamos, en este sentido, a un criterio estético-narrativo de argumentación, y proponemos a la literatura como práctica reflexiva y posibilitadora de un goce catártico-metafísico del sí-mismo.

Podríamos adelantarnos y decir que sí es posible comprender uno de los aspectos de la identidad del ser humano, como aquel que deviene de la interpretación hermenéutico-narrativa, valga la redundancia, que se hace de sí misma, de los otros y con los otros una y otra vez creativamente. Vale decir, somos el personaje de nuestra propia comedia trágica. La identidad es posible por la interpretación reflexionante, comprometida, integrada y verdadera que hacemos de nuestro sí-mismo-como-otro, como trama histórica y leída, narrada, interpretada y reinterpretada dinámicamente en el tiempo.

Palabras clave

Identidad • alter • interpretación • reflexión • narración

Identity and narrative. Towards and aesthetic-mistical search

ABSTRACT

The central question running through this article is the following one: is it possible to know and base the identity of the person by means of a reflective-hermeneutic-literary criterion that articulates, likewise, memory and history? We appeal, in this respect, to an aesthetic-narrative criterion of argumentation, and propose that literature is a reflective practice that enables a cathartic-metaphysical possession of self.

* Licenciada en Filosofía Universidad Católica de Santa Fe, Santa Fe, Argentina; doctora en Filosofía (c) Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires, Argentina. Coordinadora y docente Área Valórica, Corporación Santo Tomás, Sede Concepción. E-mail: maria.tell@santotomas.cl.

We could anticipate and say that it is possible to understand one aspect of the identity of human beings, as one that becomes in the hermeneutic-narrative interpretation, which constitutes itself from the others and with others. We are a re-figured constant story, that we are constructing and reconstructing along our life in a dialectics of reading/ story/ interpretation. We are the characters of our own tragic comedy. Identity is possible thanks to this reflective, integrated and real interpretation that we do of our 'self-as-the-other-one', as an historical and reading plot, narrated, interpreted and reinterpreted dynamically in time.

Keywords

Identity • alter • interpretation • reflection • story

Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico. Me gustan los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVIII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson; el otro comparte esas preferencias, pero de un modo vanidoso que las convierte en atributos de un actor. Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que ha logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizá porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición. Por lo demás, yo estoy destinado a perderme, definitivamente, y sólo algún instante de mí podrá sobrevivir en el otro. Poco a poco voy cediéndole todo, aunque me consta su perversa costumbre de falsear y magnificar. Spinoza entendió que todas las cosas quieren perseverar en su ser; la piedra eternamente quiere ser piedra y el tigre un tigre. Yo he de quedar en Borges, no en mí (si es que alguien soy), pero me reconozco menos en sus libros que en muchos otros o que en el laborioso rasgueo de una guitarra. Hace años yo traté de librarme de él y pasé de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito, pero esos juegos son de Borges ahora y tendré que idear otras cosas. Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro.

No sé cuál de los dos escribe esta página.

Jorge Luis Borges, "Borges y yo", *El hacedor*
(*Obras completas*, tomo II)

Presentación

El interrogante central que recorre este artículo es el siguiente: ¿se puede conocer y fundamentar la identidad de la persona mediante un criterio reflexivo-hermenéutico-literario que articule, asimismo, la memoria y la historia? Apelamos, en este sentido, a un criterio estético-narrativo de argumentación, y proponemos a la literatura como práctica reflexiva y posibilitadora de un goce catártico-metafísico del sí-mismo.

Afirmamos de igual modo, para contextualizar el problema, que juzgamos positivamente nuestra época de modernidad-tardía, ya que permite el ejercicio pleno de algunas de las libertades individuales, en lugar de considerarla un destino errado del devenir histórico mundial. Por tal motivo, y puesto que transitamos una época poshistórica y posmetafísica en sentido fuerte, consideramos imprescindible apostar a una reflexión que recupere algún tipo de criterio de verdad o bien de fundamentación. Creemos que esto es viable, aunque los grandes y tradicionales fundamentos hayan perecido, y el mundo contemporáneo occidental haya devenido en una posmodernidad liviana, sin un horizonte claro, con argumentos y sentidos efímeros, o bien unificados en un mercado común manejado por finanzas invisibles que establecen relaciones únicamente monetarias y ficticias, fomentando necesidades inexistentes y convirtiendo las formas de vida en vanalidades y misceláneas carentes de una autorreflexión identificante.

Nuestro propósito central radica en poder forjar una autorreflexión identificante que permita dar unidad, actualidad, presencia y sentido a la viviente experiencia humana occidental-contemporánea.

Podríamos afirmar que sí es posible comprender uno de los aspectos de la identidad del ser humano, en tanto trama narrativa temporal, posibilitada creativamente por la comprensión e interpretación de sí-mismo, del otro y con el otro. Vale decir, somos un relato refigurado constantemente, que vamos construyendo y reconstruyendo a lo largo de nuestra vida en una dialéctica de lectura-escritura/narración/interpretación. La identidad es posible gracias a la interpretación reflexionante, comprometida, integrada y verdadera que hacemos de nuestro sí-mismo-como-otro, como urdimbre histórica y leída, narrada, interpretada y reinterpretada en forma dinámica.

Somos el relato –virtual, real o de ficción– que nos hacemos de nosotros mismos en interacción con los otros sí-mismos y con los diversos relatos que cada uno se hace a través del tiempo. Obviamente, en este contexto la memoria obra como nexo vinculante, puesto que nos permite ser presentes, traer a la presencia el pasado/futuro, o bien recordar e imbricar en el instante presente lo que queremos y/o podemos ser. En definitiva, somos lo que podemos/queremos/recordamos/reconstruimos de nosotros mismos mediante el autorrelato y la autonarración personal y hermenéutica.

Caben, a continuación, las siguientes preguntas ¿desde dónde hablamos de nosotros y de los otros, y cómo justificamos uno u otro lugar? ¿Desde qué mito particular y cultural, o representación hermenéutica, justificamos nuestra identidad separada o diferente

de las otras? Si partimos de la premisa ‘somos lo que nos contamos e interpretamos’, ¿es posible modificar los relatos propios y sociales para que los otros no sean tan diferentes a nosotros y viceversa? ¿Sería válido apelar a este criterio hermenéutico-estético sobre la identidad, vg., para que la trama de nuestra identidad individual y cultural no sea tan disímil a la de otras culturas? Y, en orden a esto, ¿cómo con-vivir juntos?

El núcleo de la cuestión radica, precisamente, en buscar criterios identitarios menos fuertes y ya no basados en el tener, en el valer y en el poder, como hoy ocurre, sino apelando a una reflexión más de fondo, más metafísica, si se quiere. En una época poshistórica y posmetafísica, uno de los criterios que vemos viable como principio justificador podría ser el estético-narrativo-hermenéutico.

¿Quién narra?

¿Qué es lo que permite que la continuidad ininterrumpida de acciones diferentes se adscriban a un mismo agente? ¿Cuáles son los modelos de permanencia en el tiempo para que el sujeto en sus diferentes actos siga siendo el mismo-él mismo? Las respuestas a estos interrogantes podrían resumirse en el concepto de narratividad. La acción se adscribe a un alguien, a un agente o sujeto que la lleva a cabo, a una identidad. De esta forma, para que la identidad sea tal deberá ser entendida temporalmente, convirtiéndose en narrativa. Lo esencial de la persona, de la cual depende la acción, es que posee una historia, es “su propia historia” (Ricoeur 1996a:106).

Para profundizar en la identidad personal y narrativa, el filósofo Paul Ricoeur se vale de dos términos: mismidad e ipseidad; en medio de ambos polos se encuentra la narratividad para articularlos. En un primer momento del análisis, el primer concepto –mismidad– designa etimológicamente lo mismo, lo igual que pueden compartir dos personas, y el segundo –ipseidad– hace alusión a aquellos caracteres distintivos que hacen que alguien sea él mismo y no otro.

La polaridad sugiere una intervención de la identidad narrativa en la constitución conceptual de la identidad personal, a modo de un *término medio específico entre el polo del carácter, en el que idem e ipse tienden a coincidir, y el polo del mantenimiento de sí, donde la ipseidad se libera de la mismidad.* (Ricoeur 1996a:113)

En esta cita aparecen mencionadas otras categorías también fundamentales a la hora de analizar la identidad personal, ya que funcionan como modelos de permanencia en el tiempo: el carácter y la palabra mantenida en la fidelidad a la palabra dada. Ricoeur vislumbra en estos dos elementos, y en la simbiosis de ambos mediante la narratividad, una primera aproximación a la cuestión de quién actúa y, en consecuencia, de quién narra.

El polo del carácter, con su nueva dimensión temporal, reúne todas aquellas disposiciones adquiridas duraderas en las que se reconoce a alguien a lo largo de toda una vida, es el qué del quién. En el otro polo, en el del mantenimiento de sí, se encuentra únicamente la dimensión del quién, puesto que en la palabra sostenida se mantiene el sí-mismo. En medio de estos dos extremos del carácter y del mantenimiento de sí está la narratividad que permite enlazar ambos ángulos y dialectizar el ipse y el idem, en donde el quién será el personaje del relato. La identidad narrativa permite mantener unidos los dos extremos de la trama de la vida: la permanencia en el tiempo del carácter y la del mantenimiento de sí.

Narrar es decir quién ha hecho qué, por qué y cómo, desplegando en el tiempo la conexión entre estos puntos de vista. De esta correlación entre acción y personaje del relato se deriva una dialéctica interna al personaje, que es el corolario de la dialéctica de concordancia y de discordancia desplegada por la construcción de la trama de la acción. La dialéctica consiste en que, según la línea de concordancia, el personaje saca su singularidad de la unidad de su vida considerada como la totalidad temporal singular que lo distingue de cualquier otro. (Ricoeur 1996a:146)

La teoría narrativa une acción y personaje (las acciones son relatos, se dicen), permitiendo un núcleo de encuentro entre ambos, así como la dialéctica entre el *ipse* y el *idem*. El agente se constituye, así, en su propia historia, como resultado de la imbricación del *idem-ipse* en una ipseidad del sí y como personaje del relato o de la vida. El relato constituye la identidad del sujeto como identidad narrativa al construir su historia, y es la identidad de esta historia la que construye a la del personaje. El personaje del relato no es una identidad diferente de sus experiencias, sino que está vinculado a la dinámica propia de la historia narrada.

El *ipse* no sólo será el sí mismo inmutable y desplegado en el tiempo, o relacionado con los demás sí mismos por analogía, sino que será constitutivamente un sí mismo pero factible de cambiar y de ser otro en el relato de su vida y en la historia de su vida narrada. Así como también será un sí mismo como los otros en tanto que los otros sí-mismos propiciaron las condiciones y las identificaciones adquiridas por las que entraron en la composición-conformación de ese sí mismo.

No pretendemos un juego de palabras, sino sólo precisar que la identidad de una persona está hecha de estructuras voluntarias como la decisión, e involuntarias como el carácter, así como de las identificaciones-con valores, modelos, normas e ideales en los que ella se reconoce. De manera que la ipseidad del sí es tal como un sí mismo, al tiempo que asumiendo simultánea y constitutivamente su otra-alteridad.

En efecto, ya no queda más espacio para oponer a la identidad la multiplicidad de aspectos humanos o definirla como pétreo e inmutable, más bien se piensa como una

historia narrada y desplegada temporalmente en dónde el sí se conforma con los cambios de lo mismo en el tiempo y con los otros sí mismos partícipes de la identidad también. De este modo, la ipseidad será “la de un sí instruido por las sobras de la cultura que se ha aplicado a sí mismo” (Ricoeur 1996b:998).

Preguntar ¿quién ha realizado esto o aquello?, ¿quién es su agente, su autor?, es responder por la identidad de un individuo o de una comunidad, de un alguien. De esta manera, la narratividad deviene como el sustento de la permanencia del nombre propio y como lo que fundamenta al agente de la acción como tal al ser designado por su nombre como el mismo-él mismo a lo largo de toda una vida.

Responder a la pregunta ‘¿quién?’ [...] es contar la historia de una vida. La historia narrativa dice el *quién* de la acción. *Por lo tanto, la propia identidad del quién no es más que una identidad narrativa.* [...] La *ipseidad* puede sustraerse al dilema de lo Mismo y de lo Otro en la medida en que su identidad descansa en una estructura temporal conforme al modelo de identidad dinámica fruto de la composición poética de un texto narrativo. (Ricoeur 1996b:998)

El quién de la acción refigurado así en un sí mismo en cuanto otro es realizado por la reflexividad de las configuraciones narrativas. El agente no será ni una identidad abstracta inmutable de lo mismo, ni una diversidad inconexa y yuxtapuesta de experiencias y estados de la persona, sino una identidad narrativa o ipseidad, que permanece en el tiempo como sí mismo pero asumiendo los cambios, las transformaciones en la unidad de una vida, a través del relato. Este se va reconfigurando temporalmente por todas las historias verosímiles o de ficción que un sujeto cuenta sobre sí mismo, y esto hace de la vida una trama de historias narradas.

Este ‘quién’ resulta ser un complejo ‘sí mismo como otro’ implicando una dialéctica entre el *ipse* y el *idem*, entre *el/lo mismo* y *él mismo* como *sí*. Este *sí* no hace referencia ni a un yo, ni un tú, ni a una comunicación intersubjetiva, sino a una narración en donde él mismo reclama lo otro, como sí mismo narrado y desplegado en el tiempo.

El sujeto aparece constituido a la vez como lector y como escritor de su propia vida y se constituye en la acción como producto de la unión de las estructuras voluntarias e involuntarias pero coadyuvadas por el relato, por su despliegue en el tiempo.

La relación entre el sujeto y su obra es el relato unificado de la totalidad de su vida atravesada por el tiempo como nexos. En suma, el sí que conoce, actúa, siente, quiere y no quiere, es una compleja como paradójica mixtura de estructuras involuntarias y voluntarias que en la acción se articulan, y una dialéctica e imbricación de mismidad e ipseidad que en la narración y en el tiempo se reconcilian. Este ‘sí mismo en cuanto otro’ no es ese yo solipsista entendido a la manera moderna, sino que se perfila como una identidad, síntesis de una vida en reflexión y análisis permanente.

Una vida sin examen no merece ser vivida. La reflexión sobre sí mismo le permite comprenderse como co-autor de la historia propia que ha desplegado en su temporalidad. Pues es lícito decir que el hombre sólo se comprende a sí mismo al aprehender su vida como narración de su propia historia. 'Comprender esta historia –por lo demás– es hacer el relato de ella, guiados por los relatos, tanto históricos como ficticios, que nosotros hemos comprendido y amado'. (Presas 2000:231)

La definición del quién de la acción y de la narración se vincula a las nociones de lector, escritor, personaje y agente de la narración y de la vida. Ricoeur establece parámetros precisos de relación, que vinculan la categoría de persona con la de personaje, como la de ser ambas un cuerpo mediante el que introducen cambios en el mundo, introducen acciones interviniendo en el curso de las cosas. Es dable atribuirles, asimismo, predicados psíquicos y físicos tanto al sujeto de la acción como al personaje del cuento o mito, ya que sus conductas, acciones y demás gestos se pueden describir desde el punto de vista del comportamiento, del temperamento, o bien a base de cálculos racionales de motivos e intenciones o propósitos (Ricoeur 1999).

El pensador francés describe la identidad que se da entre la persona y su vida y el personaje del relato o novela. Se pueden ligar, en los puntos mencionados, la ficción y la realidad, ya que por todas las razones puntualizadas anteriormente la identidad del agente se logra por la urdimbre e imbricación que dispone la narración como unidad de la vida, y así el personaje y la persona funcionan como escritores, narradores, como lectores y hermeneutas de sus propias vidas –novela– y la de los otros.

¿No hemos aprendido los recovecos de la envidia, los ardides del odio, y las modulaciones del deseo en los personajes surgidos de la creación poética, que no importa que sean designados en primera o en tercera persona? El *thesaurus* de lo psíquico es fruto, en gran medida, de las investigaciones del alma que han llevado a cabo quienes elaboran tramas e inventan personajes. El personaje, asimismo, confirma de forma sorprendente nuestra hipótesis de que, para atribuirse a uno mismo los predicados psíquicos llamados *self-ascribable*, la persona que se designa mediante la tercera persona ha de ser capaz además de designarse a sí misma mediante las operaciones reflexivas vinculadas a los actos de habla y, en general, al fenómeno de la enunciación. (Ricoeur 1999:224)

El fenómeno de la enunciación, de habla o de narración es el núcleo de encuentro y de apoyo del argumento ricoeuriano, ya que el personaje ficticio, en tercera persona, confirma la premisa del comienzo: la posibilidad de la autoatribución de los predicados por parte de un sujeto en primera persona –que a su vez puede designarse a través de la tercera persona– tiene, en principio, que poder también autoasignarse en primera

persona las operaciones reflexivas, como el habla o la enunciación. De manera que el agente previamente a designarse en tercera persona para describir estados físicos o psíquicos, tiene que poder autodesignarse a sí-mismo en primera persona los actos de habla en general. Y es, entonces, por estos motivos que al leer una novela en tercera persona podemos autointerpretarnos y autodesignarnos a nosotros mismos atribuyéndonos el personaje en primera persona. Los relatos o narraciones en tercera persona permiten, entonces, la autonarración e interpretación de nosotros mismos en primera persona. Vale decir, por la relación entre esta primera-tercera persona es posible universalizar, en el relato real o de ficción, la coidentificación entre personaje y persona.

Estamos, así, tratando de pensar la inquietud del comienzo, pudiendo observar, ya a esta altura, por qué proponíamos el criterio estético-narrativo-metafísico como posible sustento de la identidad, y como preámbulo de una posterior reflexión política.

Esta idea, deudora como es obvio de la descripción aristotélica de la tragedia, también resuena en el filósofo español: ‘Nos construimos exactamente, en principio, como el novelista construye sus personajes. *Somos novelistas de nosotros mismos*, y si no lo fuéramos irremediabilmente en nuestra vida, estén ustedes seguros que no lo seríamos en el orden literario o poético’. [...] Por más extraños que sean los vericuetos que presente la ficción de un novelista, por más absurdos que parezcan los destinos entretreídos en la trama de una obra teatral, no son empero más que *variaciones imaginarias de la única experiencia humana del mundo único*. Como lectores, comprendemos esas ficciones en la medida en que *variarnos también imaginariamente nuestro propio ego...* (Presas 2000:230)

La identidad del ‘quién narra’ queda así establecida como construcción permanente y dinámica a través del tiempo, como personajes de nuestra propia novela por medio de la reflexión y autonarración e interpretación de nuestra vida unificada por el relato. La identidad se va logrando y constituyendo paulatinamente en la dialéctica de *idem-ipse*, *ipse-alter* y de la *primera-tercera persona* mediante el lenguaje narrativo. El ego se edifica con el alter, y viceversa, y con los distintos relatos del propio ego a lo largo de su vida. El fundamento o criterio posmetafísico de fondo es la coidentificación simbólico-literaria del bagaje cultural humano, que permite construir, reflexivamente, un sí mismo “con la fuerza del que afirma y del que cree” (Blondel 1996:3).

En todas las culturas, no sólo en Occidente, existen distintas manifestaciones estéticas, y principalmente literarias, y vemos que en ellas se puede reconocer cualquier agente, ya que expresan las vivencias humanas comunes a todos del ‘único mundo’ al que pertenecemos. El punto de encuentro antropológico-estético-político podría ser este espacio narrativo. En definitiva, comprendemos al otro y las diversas ficciones porque se comportan como variaciones imaginarias de nuestro propio yo.

¿Qué se narra?, ¿desde dónde?

El mito es la comunicación humana sobre el verdadero trazado de nuestra existencia, sobre su sentido: todo sugiere una pregunta fundamental. El mito, o la estructura simbólico-literaria del mismo, es ese puente que le permite al hombre advertir su sentido de pertenencia profunda al cosmos, a la historia y a él mismo; es eso que le permite aceptar esta vida y la existencia en ella, tal y como es, con penas y alegrías, con sufrimientos y regocijos, recobrando su dimensión más profunda, la de su vida y la de su muerte. “Un mito es una historia verdadera que ocurrió en el comienzo del Tiempo y que sirve de modelo al comportamiento de los humanos” (Campbell 1959:11).

El mito es la respuesta consciente y responsable a la pregunta ¿qué es lo que nos sustenta? O bien, ¿quién nos sustenta?, ¿cuál es nuestro fundamento?, aquello por lo que vivimos, reímos, lloramos, sufrimos, luchamos. Asimismo, nos permite la búsqueda de nuestro propio relato, nos saca de la cotidianeidad adormecedora.

Los mitos que generalmente nos narran algún episodio, o el episodio completo del periplo del héroe, tienen como meta representar, actuar nuestro propio periplo, nuestra propia vida, con todo lo que ello implica.

La vida de todo hombre es un camino hacia sí mismo, la tentativa de un camino, la huella de un sendero. Ningún hombre ha sido nunca por completo él mismo; pero todos aspiran a llegar a serlo, oscuramente unos, más claramente otros, cada uno como puede. Todos llevan consigo, hasta el fin, viscosidades y cáscaras de huevo de un mundo primordial. Alguno no llega jamás a ser hombre, y sigue siendo rana, ardilla u hormiga. Otro es hombre de medio cuerpo arriba, y el resto, pez. Pero cada uno es un impulso de la Naturaleza hacia el hombre. Todos tenemos orígenes comunes: las madres; todos nosotros venimos de la misma sima, pero cada uno –tentativa e impulso desde lo hondo– tiende a su propio fin. Podemos comprendernos unos a otros, pero sólo a sí mismo puede interpretarse cada uno. (Hesse 1970:10)

La identidad propia del sujeto se logra mediante la reflexión, el autoanálisis, la autointerpretación y mediante el relato mítico sobre sí mismo. Los relatos mitológicos guardan una estructura común, sean relatos de eventos antiguos o bien cuentos literarios, novelas o acontecimientos religiosos. En todos se evidencia una búsqueda de identidad a través de esas experiencias, de sus narraciones y de la interpretación personal que le otorga cada uno. En cada discurso se encuentran tres estadios comunes: una partida, una iniciación y un regreso. Cada vida tiene, creemos, esta estructura, momentos en los cuales se nos impulsa y llama a crecer, a madurar, a ser cada uno quien es.

Cada relato del viaje de un héroe literario, de un sabio o primitivo, o bien de un santo religioso, se convierte en mimesis de nuestra propia vida, de nuestra propia acción.

Y por estas razones consideramos que es tan importante resignificar, como categorías metafísicas contemporáneas, la mimesis, el mito, el relato y su lectura e interpretación, ya que en cada travesía narrada cada uno revive la propia, y a su vez de manera enriquecida y recreada. Por eso en este ‘universalismo simbólico’ del relato, de la autonarración y autointerpretación es que encontramos un criterio común a todos los hombres como senda de búsqueda.

El camino estético que describimos no invalida el pensar y no renuncia a la razón; todo lo contrario, pretende aliarse con ella. En la antigua Grecia la filosofía abandona el mito y se va escindiendo, históricamente, de lo simbólico para anclarse en el concepto, pero sobre todo para gestar y dar a luz la ciencia moderna, como único criterio de demarcación válido y verdadero de progreso y conocimiento humanos. Por eso esta propuesta radica en articular, a través de una reflexión simbólico-hermenéutica, la pregunta por el fundamento con la racionalidad técnico-burocratizada (González García 2004) devenida contemporáneamente. En consecuencia, consideramos que la problemática de la identidad no sólo se agota en un análisis bío-psico-fenomenológico-estético, sino que se abre a una dimensión más honda y profunda que alude a un *por qué* metafísico.

Independientemente de los lenguajes, de las sociedades, de las identidades culturales, de las idiosincrasias particulares, todo hombre tiene ese poder, esa capacidad –que al tiempo potencia y actualiza su humanidad– de contar los relatos de otras vidas, de leer los mitos e historias de otros personajes, de mimetizar y teatralizar otras experiencias humanas, ya que de esta forma estará narrando y luego interpretando su propia vida y urdiendo en el desciframiento profundo del sentido del mundo y del existir como tragicomedia.

El personaje comparte con el relato y con la acción de éste dicho carácter ficticio. Es fruto de la propia definición de la trama como *mimesis* de la acción. Ahora bien, cuando hablamos de *mimesis*, hablamos al menos de dos cosas: por una parte, de la ‘fábula’ de la acción (se trata de una de las posibles traducciones de *mythos*, junto a ‘elaboración de la trama’), que se desarrolla en el espacio de la ficción, y, por otra parte, del modo en que el relato, al imitar de forma creadora la acción efectiva de los hombres, la reinterpreta, la redescubre o, [...] la *refigura*. (Ricoeur 1999:227)

En este escrito, Ricoeur habla de una apropiación, y de una consecuente refiguración del relato narrado por parte del sujeto concreto y real, como lector y copartícipe de la ficción y de los “significados vinculados al héroe ficticio de una acción en sí misma ficticia. ¿Qué refiguración del sí mismo surge de esta apropiación mediante la lectura?” (Ricoeur 1999:227). Esta cuestión es sumamente importante a la hora de describir y argumentar este proceso dinámico de reapropiación constante del agente con respecto al personaje de la obra, y de qué forma se aclara este tópico del criterio hermenéutico-metafísico de la identidad narrativa en torno a la mimesis y al mito.

Como respuesta al interrogante anterior, el filósofo francés aporta estas dos categorías fundamentales: la refiguración y la apropiación. En orden a estos conceptos precisemos que el agente se refigura a sí-mismo constantemente en las distintas modificaciones que va sufriendo, así como en la interacción con los *otros sí-mismos*. En este proceso de refiguración el sujeto se reapropia de sí-mismo y de los otros pero de forma mediatizada, indirecta. Porque el sí-mismo se conoce por las configuraciones culturales y su acción se halla simbólicamente mediatizada (Ricoeur 1999) por los relatos, vg., por las narraciones de ficción o mitológicas.

En efecto, la identidad de la que venimos hablando, y el descubrimiento y conocimiento de ella, consiste en una interpretación de sí. De manera que somos una trama de vivencias, de lecturas y relatos sobre ellas, y de interpretaciones con-nosotros, con-otros, con nuestra historia-memoria y con-la cultura.

La apropiación de la identidad del personaje ficticio que lleva a cabo el lector es el vehículo privilegiado de esa interpretación. Su peculiar aportación consiste, precisamente, en el carácter *figurativo* del personaje, que motiva que el sí mismo, narrativamente interpretado, se ponga de relieve como *yo figurado*, como un yo que *se figura que es tal o cual*. (Ricoeur 1999:227)

Identificar a un sujeto, identificarse a uno mismo o ser uno mismo es autoidentificarse, pero esta autoidentificación radica en la mediatización, en la mediación previa del otro y de la identidad del otro, ficticia en la novela y real en la narración histórica. La apropiación de uno mismo (a través de las mediatizaciones como la identificación de otro real o de un personaje irreal) es posible, entonces, por la práctica continua de las variaciones imaginativas, que devienen en ese momento como las propias variaciones del sí-mismo.

Recapitulación: algunos ejemplos concretos

Al observar la historia, ahora, y tomando casos concretos como los holocaustos judío y armenio, las guerras actuales en distintos estados de Medio Oriente y Latinoamérica, así como también el constante sufrimiento y denigración del pobre tercer mundista contemporáneo, aguardan, todavía, dos interrogantes que quedan abiertos a partir de la reflexión propiciada por la identidad científico-filosófica, y por la mediación histórico-estética: ¿por qué estamos acá?, ¿quién nos puso aquí? La sabiduría expresada simbólicamente en la ficción y narrada en ciertos hechos históricos, integra en ella la imaginación y la memoria para procurar el encuentro de nuestra identidad, no sin remitirse también a las preguntas fundamentales.

En *La escritura o la vida*, de Jorge Semprún, se vislumbra cómo lo histórico se une en la escritura literaria con la vida, con lo real y con la pregunta fundamental: “Pero mi proyecto resultaba irrealizable, por lo menos en lo inmediato y en su totalidad sistemática. El recuerdo de Buchenwald era demasiado denso, demasiado despiadado, para que yo pudiera alcanzar de entrada una forma literaria tan depurada, tan abstracta” (Semprún 1995:175).

Frente al recuerdo despiadado, la imaginación permite respirar en un sentido recreado que permanece abierto como símbolo. La literatura funciona como memoria latente de un pasado latente y como una de las más reconfortantes prácticas en donde a través de la narración, de la apelación a la tercera persona, uno puede reconstruir y resignificar su propia identidad, pero otorgando una salida o vía posible hacia lo originario.

La vida es como una novela, y la mediación simbólica es un medio propicio para realizar una catarsis renovadora que patentice la memoria, pero que la abra a una experiencia más integrada y decisiva.

Lo único que he pretendido decir es lo siguiente: que la literatura sólo es posible tras una primera ascesis y como resultado de este ejercicio mediante el cual el individuo transforma y asimila sus recuerdos dolorosos, al mismo tiempo que construye su personalidad... (Semprún 1995:178)

Semprún expresa en carne propia la articulación entre su búsqueda, el sentido de sus experiencias en el campo nazi y la puerta que se le abre a través de la creatividad plasmada en la escritura. Reconoce en esta, en la narración e interpretación, una salida a tanta muerte, pero se convierte al mismo tiempo en su perdición. Es entendible que polarice su experiencia vivida entre la vida o la escritura, puesto que esta plantea una esperanza frente a tanta muerte y horror de la vida, no obstante creemos que el dilema podría sugerirse no como dicotomía sino en tanto armonía entre la vida, la búsqueda de sí-mismo y el misterio que radica en estas, siendo la escritura el puente para penetrar en este último.

Consideramos que a pesar de los holocaustos o de las más terribles historias de vida, de abandono, pobreza, sí es posible, por parte de cada persona, reestructurar y refigurar el pasado y el presente en otro pasado y en otro presente, no modificando o evadiéndolos, sino interviniendo en el curso de las cosas, transformando el propio entorno con una reinterpretación diferente de sí-mismo, y del/los otro/s-como-sí, pero no desde una clausurada inmanencia fáctica sino en apertura a una alternativa y opción fundamental.

La existencia humana puede leerse, explicarse, comprenderse e interpretarse en un plano científico, filosófico y estético, pero no puede obviarse el plano místico, o sea, el relato que está abierto a nombrar la experiencia fundamental del silencio... Es incorrecto presentar el problema como dicotomías: la escritura o la vida, el misterio o la razón científica, sino que la identidad humana se refigura, apropia y construye desde la vida, mediada por la cultura y la escritura, valiéndose de la razón pero abierta al misterio.

Frente a lo crudamente real, por más duro que sea, es preciso impulsarse hacia una reinterpretación estético-mística comprometida, que reescriba con sentido día a día la realidad personal y social: “me convertí en otro para poder seguir siendo yo mismo” (Semprún 1995:244). “Primo Levi formulaba esta angustia que compartíamos con una concisión inigualable. Nada era verdad sino el campo, eso es. Lo demás, la familia, la naturaleza en flor, el hogar, tan sólo eran breve vacación, ilusión de los sentidos” (Semprún 1995:261).

Cabe la pregunta ¿qué es verdad hoy? Ya no hay campo, pero sí situaciones pretéritas y presentes muy difíciles y alienantes que provocan, al igual que el campo, enajenaciones de la vida como de los afectos, de las rosas y de los pájaros... ¿Quiénes somos en verdad? Entre la paradoja de los campos de exterminio y los éxtasis de harta contemplación de los santos, los seres humanos nos buscamos, nos movemos, somos... Y la literatura, así como el arte, sobreviene como el nexo simbólico entre el concepto y el silencio, entre el cuerpo y el alma, entre el golpe violento y la caricia amorosa y gratuita... No se puede hablar y pensar en quién narra sin un desde dónde, sin un para qué y un por qué narrar.

‘Escribiendo recuperaba retazos de paz y volvía a ser un hombre, un hombre entre los demás hombres, ni mártir ni infame ni santo, uno de esos hombres que fundan una familia y que miran tanto hacia el futuro como hacia el pasado’. Primo Levi ha hablado en varias ocasiones de sus sentimientos de aquella época, de los severos goces de la escritura. Se sintió entonces volver a la vida, literalmente, gracias a ella. (Semprún 1995:267)

Narrar reflexivamente, escribiendo o teatralizando, real o ficticiamente, contar, interpretar una y otra vez, y brindar entidad a la historia, a las vivencias padecidas, es lo que más nos acerca a nosotros mismos como personajes de nuestro propio periplo. Además, en esto se define la vida, como pasa en los cuentos y en las novelas, en saber asimilar la vida misma –de manera pensante, de manera humana–, con los aciertos y las derrotas, con los triunfos y las desdichas, con la vida y con la muerte.

Narrar e interpretar, así como las experiencias crudas de la existencia nos arriman a otra dimensión del problema, que por un lado es una capacidad o necesidad humana de búsqueda, pero por otro un compromiso con la vida cuando uno responde a todas las exigencias que la existencia plantea. Hay una palabra, o mejor dicho un verbo, que aguarda nuestro decir, nuestra afirmación, nuestro testimonio en tanto *atestación* (Ricoeur 1990).

Los sentidos inmanentes a los hechos, cuando uno busca reflexiva y hondamente, se abren a otro nivel de comprensión e interpretación. Lo científico y filosófico requieren de la puerta estética, como ya hemos dicho, de la dimensión del arte para llegar o vislumbrar otro relato, pero aquí la filosofía se detiene. Restan sólo símbolos, experiencias

y testimonios. No renunciamos a la razón, sólo aceptamos los límites de esta y seguimos en una dirección simbólico-estético-mística, que complemente la primera.

Creemos que un punto posible de comunicación entre personas, entre identidades diferentes, o bien entre culturas diferentes, es la literatura y las diversas manifestaciones del arte, ya que la belleza o armonía artística expresan simbólicamente los valores universales de la verdad, del bien y de la trascendencia. Todo ser humano en toda cultura se busca, se narra y se reconoce en un relato, personal y/o social. Por ello consideramos que sí es posible una comunicación entre sí-mismos y alter, y es posible resignificar una y otra vez las historias personales y sociales, no cerradas ni clausuradas, sino abiertas constantemente al dinamismo de la interpretación, apelando a la integración de esta con el resto de la realidad que desborda el decir y pensar humanos.

No consideramos esta práctica una utopía, la vislumbramos en cambio como un desafío real y concreto. Todo radica en cómo, en qué y desde dónde interpretemos, en las coidentificaciones que realicemos de los otros personajes ficticios o reales, y de nosotros mismos. Todo radica en la capacidad creativa, estética y permanente que hagamos de nuestra realidad. No obstante, decir interpretación no significa decir 'todo vale como interpretación', ya que, y volviendo a Ricoeur, la historia de todas las culturas y las interpretaciones que han hecho de sí mismas, coinciden grosso modo en determinados valores que se aceptan y se rechazan. La reflexión y la crítica se complementan con la tradición y la convicción, y encontrar el equilibrio entre estas duplas implica el mayor desafío contemporáneo.

Diferentes partes de la estructura de los mitos y de la vida permiten concientizarse del crecimiento, de la propia identidad, de la adultez, del héroe, del siervo. Es la literatura –y el arte en general–, entonces, la que puede universalizar la experiencia humana, su lenguaje y simbólica permiten la autointerpretación del relato mítico simbólico de una vida. Proponemos esta manera de pensar y de entender la estética –y así poder responder a los interrogantes del comienzo–, como aquel discurso universalizador, y a la vez particular y concreto, que traduce y desentraña la identidad humana, y que permite vincular integralmente el símbolo con el sentir y el concepto racional.

Todos nuestros actos, actitudes y acciones son en el fondo diferentes modos de teatralizar nuestra propia novela. El tema es que hay que reescribirla constantemente, día a día, hay que reinterpretarla concientemente a cada instante en el presente, hilando y tramando el pasado y el futuro. Esta es la tarea del hombre, y lo que define y le da sentido a su identidad: la constante reapropiación y redefinición que hace, reflexivamente, de sí-mismo.

Creemos que, independientemente de las culturas y mediante el mecanismo infaltable de la reflexión, cada uno tiene el deber y el derecho de pensar y estructurar su identidad, su historia, su entorno, de manera creativa, nueva y original. Consideramos que la clave de todo está en la reflexión, como único camino, de la mano de la imaginación, que permitirá al hombre alguna vez encontrarse con él.

Para interpretarnos integralmente, sin embargo, necesitamos de una llamada, de una voz que sólo es posible hallarla en un encuentro real y profundo consigo mismo. La ciencia explica e interpreta, la filosofía pregunta y comprende, el arte y los símbolos sugieren y se acercan a un silencio que habla del misterio que desborda la vida humana.

En consecuencia, no hay identidad sin un quién, no hay quién sin un relato, no hay narración ficticia o histórica sin memoria e imaginación, sin concepto racional y símbolo, y los conceptos y goces estéticos carecen de sentido si no nos arriman a la experiencia del misterio. Precizando el argumento, sostenemos que no hay verdadera y real identidad antropológica sin una concreta apertura estética y metafísica al Misterio.

Recibido abril 2008
Aceptado julio 2008

Referencias bibliográficas

- Blondel, Maurice, 1996. *La acción (1893). Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica*. Madrid: B.A.C.
- Borges, Jorge Luis, 1996. *Obras completas*. Barcelona: Emecé.
- Campbell, Joseph, 1959. *El héroe de las mil caras*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Eliade, Mircea, 1984. *La búsqueda*. Buenos Aires: La Aurora.
- , 1991. *Los mitos del mundo contemporáneo*. Buenos Aires: Almagesto.
- González García, José M., 2004. “Max Weber y Rilke: la magia del arte en el mundo desencantado”. *Revista Latinoamericana de Filosofía*, Vol. XXX, N° 2, 240-247.
- Hesse, Hermann, 1970. *Demian*. Valparaíso: Pacífico Sur.
- Levi, Primo, 2002. *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik.
- Presas, Mario, 2000. “Identidad narrativa”. *Revista Latinoamericana de Filosofía*, Vol. XXVI, N° 2, 225-237.
- , 2003. “Memoria y vida. Nota sobre Semprún, Heidegger y Celan”. *Revista Latinoamericana de Filosofía*, Vol. XXIX, N° 1, 311-323.
- Ricoeur, Paul, 1986. *Lo voluntario y lo involuntario*. Buenos Aires: Docencia.
- , 1988. *El discurso de la acción*. Madrid: Cátedra.
- , 1990. *Soi-même comme un autre*. Paris: Seuil.
- , 1993. “Self como ipse”. En Barbara Johnson, ed. *Freedom and Interpretation*. The Oxford Amnesty Lectures 1992. New York: BasicBooks.
- , 1996a. *Si mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI.
- , 1996b. *Tiempo y narración*. México D.F.: Siglo XXI.
- , 1999. *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós.
- , 2000. “El concepto de responsabilidad. Ensayo de análisis semántico”. Buenos Aires: Carrera de Ciencias Políticas, UBA. Circulación interna.

Semprún, Jorge, 1995. *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets.

Villegas, Juan, 1978. *La estructura mítica del héroe en la novela del siglo XX*. Barcelona: Planeta.

Weinrich, Harald, 1999. *Leteo. Arte y crítica del olvido*. Madrid: Siruela.